

PRÓLOGO

En los tiempos de Carriego, y hasta los años '30, todo argentino medio, según decía Borges, se consideraba una especie de francés honorario. Si bien en términos comerciales Inglaterra era nuestro principal proveedor y consumidor, en el terreno cultural, desde la literatura hasta la moda femenina debía provenir de Francia.

Y así los vidrios de *Lalique* y *Gallée*, la porcelana de *Limoges* y de *Sèvres*, los vestidos de *Paquin* o *Georgette* (mentados en "Muñequita", tango de Herschel y Lomuto), los nombres de los cabarets, "*Armenonville*", "*Casino Pigalle*", "*Maipú Pigalle*", "*L'Abbayé*", las marcas de champagne, como *Pommery* o *Cliquot*, las novelas de *Anatole France*, los exotismos de Pierre Loti y las lujurias del *Ba-Ta-Clan* de *Madame Rasimi* estaban en la cotidianeidad de los porteños, que frecuentemente mechaban las conversaciones con palabras francesas, aún sin tener un conocimiento idiomático aceptable.

¿Quién no decía *merci* en vez de gracias, o no entonaba las primeras estrofas de "La Marsellesa" en francés?

Recordaba Cátulo Castillo una visita de Rubén Darío a su casa paterna, y como le había llamado la atención la costumbre del nicaragüense de mojar su habano en el *champagne*, y los largos párrafos en francés intercalados en su conversación.

Si bien no llegábamos al extremo de la aristocracia rusa que hablaba el francés como primer idioma, esto era lo habitual, como habitual era viajar a París en esos años.

Y no se crea que sólo viajaban los magnates de las finanzas y de la aristocracia. Para nada. En 1928 vivían en París 40.000 argentinos, muchos deslumbrados por los éxitos del tango y el prestigio argentino de esos tiempos, hasta quienes -créase o no- les resultaba más barato vivir allí que en Buenos Aires, por la diferencia del cambio entre el peso argentino y el franco.

Un solo ejemplo: la familia Borges, que se pasó años en Europa- Georgie y Norah estudiando en Suiza- sin poseer, ciertamente, ninguna notable fortuna. Simplemente con el producido del alquiler de alguna propiedad en Buenos Aires.

Víctor A. Benítez Boned, en un trabajo fenomenal, ha reunido un bagaje extraordinario de tangos (debo confesar con honestidad que muchos de ellos no los conocía) en los que aparecen palabras francesas, y -corroborando lo antedicho- la inmensa mayoría son de la década del '20. Sus principales autores, Cadícamo y Romero, quienes, por cierto, conocieron el París de esos dorados años y frecuentaban la alta noche tanto allá como aquí, y su principal intérprete, Gardel, que fue la gran luminaria de la Ciudad Luz.

Si el trabajo de recopilación es más que excelente, al ser complementado con la atinada explicación de los términos y el por qué de su uso en cada letra, convierte a este libro en una fuente de información indispensable para quienes pretendan acercarse al tango de esos años.

Ese pintoresco repertorio de tangos, que manejó un lenguaje entreverado de palabras en francés, a veces correctamente y otras malamente traducido, o reinterpretado "all uso nostro", merecía largamente una obra como esta.

¡Cuántos cantores de tango repitieron por años y décadas frases y palabras que, sospechamos, carecían para ellos de sentido y significado! ¿Hubieran podido dar explicación adecuada si alguien hubiera inquirido que era un "mishé", o que significaba el champagne "*frappé*", que seguramente era el que tomaba la milonguerita "de parla afranchutada, pinta maleva" que pinta Cadícamo en "Che, papusa, oí"?

Todo ese bagaje de términos entrañables que vienen desde nuestros más lejanos recuerdos, y que conforman un argot propio, sin transferencia posible a otras latitudes, ni siquiera al interior de nuestro propio país, ha quedado anclado en la letra de aquellos tangos. Ya no son. Pero su presencia permanecerá por siempre en la memoria, como un signo misterioso de conjurados, como el sonido apagado de la nostalgia, como el eco del último tango en París.

Enrique Espina Rawson

Presidente del Centro de Estudios Gardelianos